

Tú no me mentirías, ¿verdad?

Lic. Isabel Del Valle

Licenciada en letras



Reflexiones acerca de la novela “La enfermedad”, del escritor venezolano Alberto Barrera Tyszka.

Todo comenzó con un desmayo, o un “desvanecimiento” como prefería llamarlo Javier Miranda. Su hijo Andrés lo obligó a hacerse algunos estudios. Por más que su condición de médico le daba cierta autoridad sobre su padre, le costó convencerlo. El viejo insistía en que no tenía nada. Sin embargo, Andrés tenía clavado como un alambre de púa el presentimiento de que había algo más. No quería pensar lo peor pero los años de médico le habían enseñado que lo peor también sucede.

El desmayo, los análisis, las placas de tórax, las tomografías fueron las sucesivas escalas de una ruta que finalmente haría puerto en un carcinoma espinocelular, estadio IV, con metástasis cerebral. El presentimiento resultó ser una malla demasiado débil como para aguantar el cachetazo del diagnóstico.

Apenas atinó a llamar a Miguel, un cirujano amigo con el que solía comentar sus casos más bravos. Sólo que esta vez no sabía si iba en busca de su opinión profesional o de un cobijo a su desconsuelo.

Se reunieron en el bar de siempre y pidieron lo de siempre. Pero ese encuentro no tendría nada de los anteriores. Una a una, le fue pasando las radiografías y las tomografías de su padre. Ninguno hablaba. Sólo se escuchaba el sonido seco y filoso de las placas entrando y saliendo del sobre de papel madera.

- *De quién son?* -preguntó Miguel sin desviar la vista de las imágenes.

- *De mi padre* - dijo Andrés.

Un silencio tajante como una guillotina partió la mesa. A ambos les quedaba claro que esas manchas difusas, entre grises y azuladas, se terminarían por devorar a un hombre.

- *...no cometerás ahora la pendejada de decirle, ¿no?* La pregunta descolocó a Andrés con la virulencia de un escupitajo en la cara.

De repente vino a su memoria la última conversación con su padre.

- *Tú no me mentirías, ¿verdad?*

- *Yo jamás te engañaría, papá.*

- *Eso es todo lo que quería oír. Gracias.*

El recuerdo transformó esas palabras en bloques de granito. La mirada de Andrés parecía haberse hundido en la taza. Tal vez buceaba perdida entre algunos de los granos de azúcar que quedaban en el fondo. Miguel lo sacó nuevamente a flote.

- *Bueno, ... claro, es fácil ir y decirle eso a un paciente cualquiera, a gente que no es de tu familia. Te afecta, claro, pero es distinto; otra cosa es tener a tu padre enfrente, mirándote y tener que decirle: te quedan pocas semanas, papá. A eso me refiero. Tú, ¿puedes hacerlo?*

No, claro. Andrés no podía hacerlo. No podía hacer con su padre lo que como médico siempre había hecho: hablarle al paciente con la verdad, aunque doliera, aunque pellizcara la carne del alma con más virulencia que la del cuerpo.

- *Todos tenemos derecho a saber que nuestra vida tiene un tiempo marcado, una fecha, cuándo y cómo moriremos; eso es lo que yo siempre he hecho con mis pacientes*", le respondió con aparente solvencia. Salvo cuando del otro lado del estetoscopio está el padre de uno. Andrés se sentía deambulando por un laberinto dilemático. Se tambaleaba. Su cabeza iba golpeando las paredes tratando de recuperar algún equilibrio entre lo que debía hacer, lo que que sentía y lo que finalmente podría realizar. El le había hecho una promesa. La promesa no deja de ser un ensayo abstracto, un libreto ficticio, desajustado en tiempo y espacio. Otra cosa es salir a escena y tener que mirar a los ojos al otro. Allí es cuando la lengua se enreda y las palabras



Figura 1: El libro "La Enfermedad", del escritor venezolano Alberto Barrera Tyszka, publicado en 2006

se golpean torpemente en la boca. Andrés había prometido, pero no podía cumplir su palabra.

¿Cómo predecir la reacción de su padre? ¿Cómo puede reaccionar alguien a quien se le dice que en semanas estará muerto? ¿Cómo se sentiría él mismo después de haberle revelado semejante verdad?

No podía hablar. Pero tampoco toleraba el engaño. Su silencio cobarde lo interpelaba. La palabra se volvió el alma de su tragedia personal. Una tragedia para la cual no alcanzaban las palabras.

Una noche, sentado en el sillón del living de su casa, se vio repasando momentos de la historia familiar. Lo primero que se le vino a la mente fue la muerte de su madre. Fue en un accidente aéreo cuando él apenas tenía diez años. Ese hecho alcanzó

para dejarle en claro que hay sucesos que quedan lacrados para siempre. La televisión, los diarios, la radio hablaban del suceso, pero su padre nunca le dijo una palabra de lo ocurrido. Sus ojos brillantes y enrojecidos lo hacían por él.

- Mamá está de viaje, un viaje largo, sin regreso... fue lo único que le pudo decir. Pero un día Andrés se animó a preguntar si su madre iba en ese avión del que tanto hablaban los medios. Un "sí" seco y arrugado como la corteza de un árbol fue todo lo que Javier Miranda pudo responderle a su hijo. Tal vez en ese momento Andrés no tenía una clara idea de lo que preguntaba, pero entendió bien lo que le respondieron. De ahí en adelante, no preguntó nada más sobre el tema. En los días siguientes, Miranda optó por distraer al niño de esa mayúscula ausencia llevándolo de viaje. Otro viaje. Los dos solos. Como estarían de ahí en más. Como lo estaban ahora.

Sin embargo, Andrés sentía que ahora esa soledad no se repartía en partes iguales. El estaba más solo que su padre. Solo ante una verdad, ante una promesa, ante sus miedos, ante su culpa. Tarde o temprano los hijos únicos pagan por su exclusividad. Ese era uno de esos momentos. El debía sentarse frente a su padre, mirarle a los ojos, hablarle, mostrarle las placas, contarle lo que ocurría, explicarle que de ahí en más su vida sería otra, distinta, magra, residual. Una ruta sin escalas a la muerte. Andrés debía. Pero no podía. Tenía la boca llena de clavos.

La excusa de una operación comercial en Isla Margarita le sirvió como argumento para inventarse un viaje e invitar a su padre. Otro viaje solos. Tal vez lejos, estando unos días juntos, se presentara la situación adecuada para hablar. Pero nunca se presenta el momento propicio para decirle al otro que le queda poco tiempo, que, en pocas

semanas, va a estar muerto. Los Miranda. Tan iguales y tan diferentes a aquellos que emprendieron ese otro viaje años atrás.

Ya en la cubierta del ferry, uno al lado del otro, con los ojos dirigidos al puerto y la mirada a la nada, el padre recordó:

- La última vez que hicimos un viaje, tu madre acababa de morir.

- Sí, lo recuerdo, y tú quisiste distraerme.

El viejo no dijo nada. Pensó que quizá era su hijo el que ahora buscaba distraerlo. La propuesta de una cerveza abortó cualquier posibilidad de charla. El viaje se fue desgranando entre conversaciones circunstanciales, banales e intrascendentes. Del lado de adentro de la boca, Miranda guardaba una mueca de insatisfacción. Paladeaba el sabor acre de lo negado. Ambos disfrutaban de sentarse en los gastados bancos de madera de la cubierta y dejarse entibiar por el sol de la mañana. Los pasajeros, la comida, un fallido pronóstico de lluvia ... todo se convertía en tema de conversación.

Estaban cómodos. Hablaban sin necesidad de decirse nada. Era por la noche, tras la cena y ya de regreso al camarote, cuando la figura amorfa y espectral de lo callado crecía entre ambos hasta dejarlos incrustados en las paredes del cuarto. Durante esos días, Javier buceaba disimuladamente en el rostro de su hijo buscando algún gesto, alguna mueca que le dijera lo que no le decía. Intuía que había algo oculto, velado, insonoro, tan grande y pesado como el silencio que lo rodeaba. Miranda buscaba y buscaba. Pero también temía.

Por su parte, Andrés se sentía ruin, mediocre, patético. Creyó que en ese viaje encontraría la oportunidad para hablar,

pero sólo llevaba de regreso un repertorio de excusas triviales. La enfermedad de su padre era para Andrés una provocación del destino. Una ironía o una burla soberana a su condición de médico.

- ¿Por qué nos cuesta *tanto aceptar que estar vivos es una casualidad?*", se preguntaba. Pero más que una pregunta recurrente, era su interrogante existencial. En todos sus años de profesión, él siempre había defendido la bandera de la verdad, y ahora, se había convertido en rehén de su propio silencio.

El viaje de vuelta se hizo largo. Esta vez se trataba de un regreso diferente. Era el último viaje juntos. Ambos lo sabían. Ambos también lo callaban. Las luces del puerto se hacían más brillantes y redondas. Su padre fue por algo para beber. Una excusa para matar el tiempo o para distraer el silencio. Una bandeja. Dos cafés negros. El mareado sonido de las cucharitas revolviendo el azúcar. Fue un misil. Un disparo. O un vómito.

- *Papá, tenés cáncer*, dijo Andrés en voz baja. Por que hay ciertas cosas que sólo pueden decirse en voz baja. Una mueca de horror se tatuó en el rostro de Javier Miranda. La verdad fue un puñetazo que lo desencajó. La furia y la indignación fueron las cuerdas del cuadrilátero que impidieron que se desplomara. Segundos más tarde, su cuerpo comenzó a quebrarse, a comprimirse, a crujir como un manojo de hojas secas. Andrés no se animaba a mirarlo.

- *No pude, papá. Lo siento. No pude* - dijo casi en un balbuceo. Hay ocasiones en que ni las excusas tienen lugar. Apenas pudo poner en esa frase esquelética uno de los dolores más grandes del ser humano: la muerte de un padre.



Figura 2: El escritor venezolano Alberto Barrera Tyszka

Javier Miranda se deshacía. Cada día había menos de él. A ambos sólo les quedaba transitar juntos ese hoy que cada día se volvía más fugaz, más esquivo. Su hijo no se separó de su lado. Lo acompañaba en el hospital y en la casa tras las sesiones de quimioterapia. Se recostaba en la cama junto a él. Ambos tenían los ojos huecos clavados en el cielorraso de la habitación y las manos entrelazadas. Los dos llevaban el silencio hundido en el pellejo.

A esta altura, la vida de Javier Miranda era un extenso ayer. Todo se volvió efímero y rotundo a la vez. Andrés sentía que su lengua era de piedra. Había sido su huella de identidad. Su marca de dolor y su perpetuo afán de amparo. De repente, en un hilo débil y quebradizo, el viejo hilvanó sus últimas palabras.

- *Hablame, hablame ahora de nosotros. Quiero irme así. Oyéndote hablar. No dejes que me muera en silencio*. Su voz sonó como un trino mustio. Así Javier Miranda firmaba su acto de clausura. Andrés supo que esa era su única posibilidad de redención.